La casa de las moscas

Luis Enrique Ricaño

Image not found.

Capítulo 1

Íbamos por la brecha que junta Martínez de la Torre con San José Acateno, precisamente nos dirigíamos a este último poblado. Era 1 de noviembre y hacia un mes que mi abuelo había muerto; llevábamos sus cenizas para cumplir su última voluntad, la cual, a decir verdad, no era diferente a la de todos los foráneos residiendo en la capital; es decir, volver a los campos verdes que los vieron nacer.

Era de noche, lo único que alumbraba nuestro camino eran las luces de la camioneta que manejaba la señora C y la luna. A pesar del mes, el clima era más bien cálido, con ese dejo de humedad y sofocamiento que hunde el pecho. A mitad de camino, olvidado, como un oasis en el desierto, había un cementerio; la imagen era realmente conmovedora: lápidas iluminadas por velas y el manto celeste que las arropaba creando una especie de imagen onírica. Todo era pintoresco, realmente ese tipo de imágenes lo sacan a uno por un momento de la cotidianidad y el hastío que produce vivir en una ciudad en constante movimiento.

Mi mente por un momento se entretuvo con aquella imagen, la verdad seguía un tanto triste por el fallecimiento de mi abuelo y el regresar a su pueblo me traía recuerdos de él, recuerdos que se borraban al saberlo muerto, recuerdos que me traían a un hombre alegre y despreocupado; realidades que me mostraban una urna con las cenizas de lo que algún di llamé "abuelito". Todo lo anterior me llenaba la garganta de sentimiento, aún pasado un mes de lo acontecido me negaba por completo a dejar ir esa imagen de mi abuelo. La última vez que lo vi, pude oler el formol y sentir su piel acartonada; esa sensación me había dejado marcado, recuerdo el nerviosismo que sentí y como mis manos empezaron a sudar levemente; toda mi espina dorsal se llenó de un fuerte escalofrío y en lugar de acercarme a hablar con alguien sobre lo que me ocurría, decidí guardármelo.

Después de lo que viví aquel día me volví un tipo más serio, la idea de haber perdido a un ser tan querido era material para diarios que escribía fervientemente, esos diarios solo tenían un tema: la muerte.

No es que no haya perdido a alguien más en mi vida, de hecho mi abuela (esposa de mi abuelo) también estaba, como dicen, en el “otro lado”; sin embargo en su momento no sentí tanto la perdida, culpo a la edad; siempre he creído que conforme uno va creciendo se hace más consiente de la muerte y de lo que esta representa. A pesar de todo guardaba un buen recuerdo de mi abuela, tal vez en un oscuro y azul rincón de mi mente, y de sus tantas palabras, que ahora enriquecían la jerga familiar.

Entre tantos pensamientos la noche seguía y nosotros dejábamos atrás aquel panteón. A lo lejos se divisaba un rio y una suerte de puente

improvisado que lo cruzaba.

La señora C y yo habíamos permanecido callados: yo en mis pensamiento y ella quien sabe en qué.

¿Crees que este animal logre cruzar el puente, hijo? — preguntó la Señora C refiriéndose a la camioneta.

Supongo que sí, por aquí pasa mucha gente y no he visto que alguien haya batallado en hacerlo — contesté.

La Señora C usaba siempre un tono maternal conmigo, palabras como: "hijo", "papi", "chiquillo"; eran sus favoritas para dirigirse hacia mí.

Ya encaminados hacia el puente, con las llantas delanteras cruzándolo, pude sentir en mis pies como algo se quebraba, como huesos abajo de mí, me aferré a las cenizas de mi abuelo, rezando porque las maderas del puente no dieran de si. Lo pudimos cruzar y del otro lado no había nada, de pronto me vi en una caída infinita y todo fue oscuridad; lo último fue la cara de la Señora C viéndome con una mirada que solo se utiliza cuando quieres abrazar lo perdido.

Cuando desperté la Señora C estaba a mi lado sentada con la cara en las rodillas, pude ver qué estaba mal herida; sin embargo no hacía gestos de dolor, estábamos sumergidos en un mutis de tranquilidad; seguía siendo de noche y tan pronto comencé a recuperarme me di cuenta que ya no había cenizas, la urna de mi abuelo no estaba más conmigo. Me desesperé, maldecí y la depresión empezó a causar estragos en mis sienes; la Señora C solo me miraba, en realidad no tenía que decir nada ¿Qué se puede decir en estos casos?

Al tranquilizarme advertí que yo también estaba herido, toque mi cabeza y una sustancia viscosa apareció al tacto; era sangre, no le di importancia puesto que el dolor no se hacía presente. Al parecer ya no había puente y la brecha había sido tragada por la vegetación. Empecé a asustarme, la pérdida de las cenizas de mi abuelo y ahora esto, todo comenzaba a empeorar poco a poco y en cuanto la Señora C advirtió eso se levantó y dijo:

— No pasa nada hijo, bendito Dios estamos bien.

Sus palabras no me reconfortaban ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba la camioneta, las cenizas, el puente y la brecha?

— No estoy tan seguro — respondí.

— Al menos yo me siento bien — reparó.

Usted porque no ha perdido nada — dije en un tono bastante grosero.

La Señora C sacó un cigarro y me ofreció uno; no lo acepté y saqué los míos. Estábamos callados adaptándonos al nuevo entorno; aunque parecíamos tranquilos, no encontrábamos razón alguna que explicara por qué el cambio tan radical del paisaje. Volteábamos a ver el cielo como buscando respuestas; era la misma luna y las mismas estrellas las que nos veían como riéndose de nuestra desgracia.

— A todo esto ¿cuál es su nombre señora? — pregunté a mi acompañante.

— ¡Ay hijo de mi vida, ya te lo he dicho! Me llamo Consuelo, pero tú te empeñas en decirme "Señora C" quién sabe por qué.

Sabía su nombre, solo quería que lo repitiera y al no encontrar tema de conversación ni respuesta a lo acontecido, lo que necesitaba ahora mismo era eso... consuelo.

Ya empezó a hacer frio — dije.

Yo me siento bien, la verdad es que el calor ya me tenía harta — contestó Consuelo.

Está sangrando, estamos varados y usted se siente bien — dije burlándome.

¿Entonces qué hacemos? ¿Nos quedamos aquí lamentándonos? — preguntó en un tono más fuerte.

…

Decidí empezar a caminar, Consuelo tenía razón, no podíamos quedarnos de brazos cruzados. La tranquilidad que transmitía me tenía un poco más sereno y esa serenidad se asentó más, cuando empezamos a percibir un olor bastante peculiar.

¿Puede oler Consuelo?

Sí, debemos de estar cerca de San José.

¿Pero qué es lo que huele?

No había terminado de hacer la pregunta cuando a lo lejos un perro, bastante feo por cierto, levantó las orejas y fijó su mirada en nosotros. Mientras más nos acercábamos a él su fisionomía se hacía más

desagradable: no tenía pelo, su piel era negra y en el hocico parecía tener comida. Paramos un segundo y Consuelo me volteo a ver incrédula, pero como siempre serena; yo por mi parte estaba escéptico, cualquier cosa que sucediera me tenía sin cuidado, lo único que quería era llegar al pueblo de mi abuelo y por lo menos hacer acto de presencia ya que, como conté, había hecho la barrabasada de perder las cenizas. Consuelo titubeo un poco y extendió su mano al perro, este al ver tal acto de "amistad", se acercó a nosotros restregándose en nuestras ropas y lamiendo nuestras manos cada que estas lo tocaban.

Pa´ mí que este perro viene de allá de San José — dijo Consuelo.

Debe de ser, cuando lo vi traía comida en el hocico.

¿En serio? — preguntó Consuelo un tanto incrédula.

Sí, la ha de haber tirado ahorita que usted le extendió la mano para que se acercara.

¡Hombre pues vamos a ver!

Al acercarnos al lugar donde vimos al perro nos dimos cuenta que en efecto, el perro traía comida, traía un saco repleto de *chilahuates*; prontos nos volteamos a ver y decidimos repartir el botín en partes iguales, no sin antes darle una parte al perro que yacía a un lado de nosotros viéndonos comer.

En cuanto terminamos, prendimos un cigarro y platicamos largo rato mientras acariciábamos al perro. De pronto ese olor peculiar que habíamos percibido, se acentuó más y con el estómago lleno pudimos descifrar que era… era ocote, en efecto, debíamos estar cerca de San José, me levanté, ayude a incorporarse a Consuelo y le dije:

Mire, hay que empezar caminar antes de que se haga más noche — dije esto en tono de advertencia, aunque a decir verdad la noche ya había caído completamente sobre nosotros.

Consuelo solo asintió y el perro como si habláramos a ladridos también se incorporó y se nos adelantó. Hacía piruetas como si quisiera decirnos algo, jalaba nuestras ropas como pidiendo que lo siguiéramos; nos volteamos a ver y con una sola mirada decidimos que era prudente seguir al perro ¿Qué podíamos perder?

Caminamos poco cuando a lontananza divisamos la iglesia principal de San José, eso fue como un revulsivo, empezamos a correr y en un abrir y cerrar de ojos estábamos en el pueblo.

Todo parecía atrapado en el tiempo, aun había gente en las calles, sin embargo estas eran muy extrañas, las ropas de algunos parecían de épocas pasadas y otros estaban enfundados en ropas actuales. Mientras tanto la idea de mi abuelo volvió a cruzar mi mente y esta me deprimió nuevamente, pude sentir la mano de Consuelo en mi espalda, le devolví el gesto con una sonrisa y al voltearla a ver advertí que el perro había desaparecido, no le di importancia y le dije:

Tengo que ver al cura del Pueblo, por lo menos para hacerle una misa a mi abuelo.

Ella no dijo nada y se dispuso a caminar a mi lado, nos dirigíamos a la iglesia y cada paso que dábamos era como si retrocediéramos veinte años. Al llegar a la iglesia vimos que esta estaba aún dando misa. Era una iglesia enorme que tenía un reloj por fuera en el centro, este marcaba las nueve de la noche; tal vez era la última misa, no lo sabíamos. Permanecimos afuera y en cuanto vimos a la gente salir nos apuramos a entrar y ahí estaba el cura.

Disculpe — dije después de aclarar mi garganta.

Dígame — respondió el cura.

Mire.

Al decir esto empecé a llorar y Consuelo salió al quiete.

Señor cura, fíjese que veníamos a dejar las cenizas del abuelo de este muchacho. Veníamos por la brecha desde Martínez de la Torre, pero tuvimos un problema con la camioneta y pues la verdad, le soy sincera, no sé bien que pasó, hubo un desperfecto y la camioneta…

El cura la interrumpió y se dirigió a mí:

¿Cómo se llamaba tu abuelo?

Jesús Bandala — respondí

¿Jesús Bandala? Yo lo conozco — dijo el cura.

Tal vez lo conocía, el ya murió.

Lo conocí, eso quise decir. Pero dime, ¿Por qué esa cara? Te ves deprimido.

¿Y cómo no estarlo? Tiene un mes que murió y el estúpido de su nieto no pudo cumplir su última voluntad, no pude cuidar bien de lo poco y nada

que quedaba de el — respondía entre sollozos.

No te preocupes hijo, lo importante es que estas aquí. Las cenizas representan su cuerpo; sin embargo, los recuerdos que tienes de él son los que perduran. Te juro por Dios, y él me está escuchando, que tu abuelo está aquí, en un lugar mejor.

Tal vez tenía razón el cura, sin embargo para un tipo como yo, desprenderse de algo siempre ha sido muy difícil; esas cenizas representaban para mí un mundo, un mundo entero de recuerdos, de buenos ratos, de chistes, de risas, de abrazos, de experiencias, de miradas, de palabras. No podía dejar ir así a mi abuelo, ni siquiera había tenido tiempo de decirle lo que el significaba para mí, cuando lo hice él ya estaba agonizando y dudo mucho que me haya escuchado. Me sentía devastado, no podía resignarme así no más.

¿Podría celebrar una misa en su memoria señor cura? — pregunté.

El ya escucho misa, no es necesario.

…

No entendí muy bien sus palabras, voltee a ver a Consuelo y tenía dibujada una sonrisa de compasión, me acerque a ella y la abracé, en cuanto sentí su cuerpo empecé a llorar a ríos. Era una imagen realmente deprimente.

El cura nos dio posada, nos invitó a tomar atole y a terminar de llenar el estómago con unos tamales de picadillo realmente exquisitos. Pregunté por un teléfono y el cura me dijo que desafortunadamente no tenía y qué en el pueblo no había ninguno, eso me causó extrañeza, pero sus palabras siguientes me incomodaron a tal grado que me asuste. “no te preocupes, alguien los encontrarán ¿verdad Consuelo?”.

Consuelo y yo nos quedamos en un cuarto con una ventana que daba a la plaza principal del pueblo, la luz de la luna pegaba en nuestros rostros, vi que Consuelo ya dormía cuando quise hacerle la plática.

Al día siguiente me desperté pero el sol ya no estaba, no podía creer que haya dormido tanto, corrí a la ventana y pude ver a Consuelo caminando en la plaza mientras platicaba con un señor, la figura de aquel hombre me resultaba familiar, pero no podía distinguir, bajé y le grité a Consuelo, cuando le grité, el hombre siguió su camino, traté de seguirlo con la mirada, sin embargo su figura se difuminó entre las demás personas.

¿Con quién platicaba Consuelo? — pregunté.

Ah, con un señor que dice conocer a tu abuelo, me tomé la libertad de contarle lo que pasó.

No importa y ¿Qué le dijo?

Nada, en realidad, dijo que la brecha es muy peligrosa de noche y que habíamos tenido suerte de que nada malo, entre comillas, nos haya pasado.

¿Y el cura?

No tiene mucho que salió, no te quisimos despertar hijo, la verdad estabas durmiendo muy a gusto, me iba a sentir mal si te despertaba.

Pues lo hubiera hecho, quisiera conocer la casa en la que nació mi abuelo y si ese hombre dice que lo conoció, seguro sabe dónde es.

No ha de tardar hay que esperarlo aquí, tengo ganas de fumar.

Consuelo prendió su cigarro y como si hubiéramos invocado al cura, este apareció detrás de nosotros.

Buenos días — dijo claramente burlándose.

¿Qué tal cura? — dije con una sonrisa forzada.

¿Tienes hambre?

La verdad no mucha. Le quería pedir un favor.

A ver, dime, si esta en mis manos, con mucho gusto.

Usted dice que conoció a mi abuelo…

Conozco, conocí, quise decir.

Da igual, quería ver si es posible que usted me lleve a la casa donde el nació.

Por supuesto basta con que bajemos por esa calle y ahí encontraras la casa de tu abuelo.

¿Vamos Consuelo? — le pregunté suplicante.

Ve tu chiquillo yo me quedo aquí, quiero conocer mejor el pueblo.

Como usted quiera — respondí — ¿Me lleva señor? — me dirigí al cura.

Ya te dije que sí.

Mientras caminábamos no quise hacer más preguntas, la verdad es que desde el día de ayer no hallaba respuesta alguna a ninguna de mis dudas; estaba decepcionado.

Al llegar a la casa pude advertir que era muy humilde; sin embargo en el interior un banquete yacía puesto sobre la mesa y en un rincón como parte de la decoración paupérrima de la casa se encontraba una anciana sentada como esperando a que algo sucediera.

Buenas noches ¿se puede? — dije mientras tocaba la puerta que estaba abierta como invitando por si sola a entrar.

Adelante joven — me respondió la anciana.

¿Qué tal señora? ¿Cómo está?

Bien joven aquí, esperando a cenar, ¿Qué lo trae por acá?

El cura permanecía afuera de la casa y lo invité a pasar con la mirada, lo necesitaba para que me arropara en este momento de nerviosismo. Al entrar dijo:

¡Alfonsina! ¿Cómo estás?

Muy bien señor cura ¿y usted? — respondió la anciana.

Pues bien, también, mire le traigo a este muchacho que es nieto de Jesús Bandala, viene a conocer el lugar donde nació su abuelo.

¡Ay mi Chucho! Tan buena gente mi sobrino, no ha venido para acá.

El murió hace una mes — increpé.

El cura y Alfonsina se voltearon a ver con aire de complicidad, lo cual me incomodó y decidí entrar de lleno en la conversación.

Fíjese señora que mi abuelo murió hace un mes, justo ayer veníamos por la brecha desde Martínez de la Torre para dejar sus cenizas…

Ya sé hijo, Chucho me contó — interrumpió Alfonsina.

Bueno, eso es imposible porque como le dije, mi abuelo murió hace un

mes.

Hay cosas que de repente uno no entiende, mírame a mí, estoy aquí con un banquete puesto y nadie viene a comer conmigo.

Ese no es el punto señora, no es tan difícil entender que mi abuelo tiene un mes de muerto y que es imposible que el haya venido a decirle que Consuelo y yo nos accidentamos en la brecha…

Me pidió de favor que te dijera que él está muy a gusto aquí, que ya era necesario que el descansara y que…— interrumpió la anciana.

Señora, no estoy para juegos, vámonos cura, esta vieja senil no sabe ni lo que dice. — interrumpí yo.

Cuando voltee a ver al cura no había nadie, estaba solo con Alfonsina y ella reía; voltee a verla horrorizado y salí corriendo. Al llegar a la plaza vi a Consuelo, estaba platicando con aquel hombre de hace un rato, lo que me causó extrañeza es que sus cuerpos se veían traslucidos. Tocaba el mío, me pellizcaba para ver si esto no era una mala jugada, un mal sueño… y no, todo era muy real. Al intentar agarra a Consuelo del brazo mi mano solo tocó el aire, Consuelo me miró con compasión mientras unas lágrimas caían por sus mejillas. El hombre misterioso se levantó y se acercó a nosotros, yo no podía levantar la mirada; nos abrazó a Consuelo y a mí, yo me aferré a la idea de que este era un sueño; cerré los ojos y todo fue oscuridad, desmayé…

Al abrir los ojos me encontré en la brecha, la camioneta deshecha por algún impacto que nunca advertí. Me acerqué y vi dos cuerpos dentro de ella, trataba de buscar a Consuelo con la mirada, pero algo me decía que no debía voltear hacia atrás, ahí entendí todo. Miré mis manos y en ella seres minúsculos de color negro comían de mí, alrededor zumbidos y atrás de mi Consuelo, a su lado mi abuelo…Nos dejamos guiar por el olor del ocote y el camino de flores de cempasúchil, a lo lejos vi al perro que guiaba a más personas, Consuelo y mi abuelo caminaban a mi lado, poco a poco la mente se aclaraba. Tal vez Consuelo era mi abuela, me sentía tranquilo. Caminamos largo rato, comimos, bebimos… Estábamos en la casa de las moscas.

A Consuelo Ruiz López y Jesús Ricaño Bandala.